

MACBETH

William Shakespeare

PRIMER ACTO

PRIMERA ESCENA

Un lugar solitario

Truenos y rayos.
Llegan tres brujas

BRUJA PRIMERA

¿Cuándo volveremos a encontrarnos nuevamente las tres? ¿Alguna ocasión que truene y caigan rayos y centellas, o cuando llueva?

BRUJA SEGUNDA

Después de que acabe el estruendo, cuando se haya perdido y ganado la batalla.

BRUJA TERCERA

Eso sucederá antes de ocultarse el Sol.

BRUJA PRIMERA

¿Y dónde nos veremos?

BRUJA SEGUNDA

Entre los matorrales.

BRUJA TERCERA

Allí nos encontraremos con Macbeth.

BRUJA PRIMERA

¡Voy, andrajosa!

TODAS

Ese espantajo nos llama ... ¡De inmediato! Lo hermoso es horrible y lo horrible hermoso: volemos a través de la niebla y del aire corrompido.

Se retiran.

SEGUNDA ESCENA

Campamento cerca de Forres

Dentro hay alboroto y confusión.

Llegan Duncan, Malcolm, Donalbain, Lennox, con su séquito.

Hacia ellos se acerca un Sargento sangrando.

DUNCAN

¿Qué hombre es ése? Según se ve por sus heridas, puede darnos las últimas noticias de la batalla.

MALCOLM

Éste es el sargento que luchó como intrépido y buen soldado para librarme de caer prisionero.
¡Hola, bravo amigo! Di al Rey cómo iba la batalla cuando tú la dejaste.

SARGENTO

Dudosa se presentaba: lo mismo que si dos nadadores se agarraran uno al otro para luchar, dejando paralizadas sus artes. Al cruel Macdonwald, que nada mejor que rebelde puede ser, porque a su alrededor se juntan cuantas bastardías multiplica la naturaleza, se le han unido desde las islas occidentales todos los patanes y candidatos a presidio; y la fortuna, sonriendo a su maldita causa, le presta caricias de ramera. Pero de muy poco le vale. Porque el bravo Macbeth -que bien merece ser nombrado así-, favorito predilecto del valor, sin parar mientes en la fortuna, se abre paso, desnuda la espalda un millar de veces bañada en sangre, hasta ponerse frente al esclavo que nunca estrechó sus manos ni se despidió al modo caballeresco, y sólo da paz al acero cuando tiene a su adversario destrozado a cintarazos asestados del pecho a las quijadas y cuelga su cabeza sobre nuestras torres.

DUNCAN

¡Oh, esforzado primo, caballero digno de honor!

SARGENTO

Así como del Oriente donde el Sol nace estallan tempestades horribles y ensordecedores truenos, de esa victoria que parecía traernos satisfacciones se produce la inquietud. Escucha, Rey de Escocia, escucha: apenas la justicia se unió a la fuerza, obligó a esos villanos saltarines a confiar en sus talones; pero el señor de Noruega, con armas brillantes y fuertes refuerzos de hombres, comenzó ventajosamente un nuevo ataque.

DUNCAN

¿Desfallecieron ante el asalto nuestros capitanes Macbeth y Banquo?

SARGENTO

¿Intimidan, acaso, el gorrión al águila y la liebre al león? Si se me permite decirlo, he de informarle que lo mismo que cañones de doble carga, de igual modo redoblaron sus golpes contra el enemigo; a menos que quisieran bañarse en el vapor de las heridas o dejar memoria de otro gólgota, no acierto a pensar lo que intentaban ... Pero me desmayo: los tajos y mandobles que recibí están reclamando alivio.

DUNCAN

Tanto te elevan tus palabras como tus heridas: unas y otras respiran honor. ¡Llévenlo a curar!

Se va el Sargento, auxiliado.

DUNCAN

Pero, ¿quién viene?

Entra Ross.

MALCOLM

El ilustre barón de Ross.

LENNOX

¡Qué ansias se le escapan de los ojos! Tal es su mirada, que parece decirnos cosas extraordinarias.

ROSS

¡Viva el Rey!

DUNCAN

¿De dónde vienes, ilustre barón?

ROSS

De Fife, majestad, donde los estandartes noruegos desafían al firmamento y abaten de frío a nuestra gente. Noruega entera, en número terrible, ayudada por el desleal y traidor barón de Cawdor, inició horrendo empuje; hasta que el amante de Belona, firmemente decidido, lo acosó con armas iguales, ojo por ojo y diente por diente, poniendo freno a su confundido espíritu ... Para concluir: ¡por nosotros se decidió el triunfo!

DUNCAN

¡Sublime felicidad!

ROSS

Y ahora Sweno, el rey noruego implora tregua. No le hubiéramos permitido que enterrara a sus muertos si no nos entrega en la Isla de Saint Colme diez mil libras.

DUNCAN

Nunca más traicionará el barón de Cawdor los intereses de nuestro corazón. Vayan, anúncienlo por muerto, y con su título saluden a Macbeth.

ROSS

Su voluntad será cumplida.

DUNCAN

Lo que él ha perdido, el ilustre Macbeth lo ha ganado.

TERCERA ESCENA

Páramo cerca de Forres.

Truena.

Entran las tres brujas

BRUJA PRIMERA

¿Dónde has estado, hermana?

BRUJA SEGUNDA

Degollando cerdos.

BRUJA TERCERA

¿Y tú, hermana?

BRUJA PRIMERA

La mujer de un marinero tenía castañas entre las faldas y las comía, devorándolas y devorándolas. Dame, le dije. Quítate de aquí, bruja, gritó la sarnosa gordinflona. Su marido, patrón del tigre, partió para Alepo; pero en una canasta he de dirigirme hasta allí, y luego, como ratón escondido en la bodega, roeré un agujero en el casco de la embarcación. ¡Lo haré, ya lo creo que lo haré!

BRUJA SEGUNDA

Soplaré uno de los vientos en tu dirección.

BRUJA PRIMERA

¡Qué buena eres!

BRUJA TERCERA

Y yo otro.

BRUJA PRIMERA

Como domino los demás y conozco los verdaderos puntos de donde soplan y sé sus rumbos, soy dueña de la rosa náutica. Lo dejaré seco como el heno: ni de día ni de noche colgará de sus párpados el sueño; vivirá como un fugitivo: fatigado siete noches seguidas durante nueve veces nueve semanas, se consumirá, enfermará y desfallecerá; y no se hundirá su barca, pero la sacudirán las tempestades ... ¡Ah, y miren lo que tengo!

BRUJA SEGUNDA

¿Qué es? Enséñamelo.

BRUJA PRIMERA

El dedo pulgar de un marino que naufragó mientras retornaba a su puerto.

Suena dentro el tambor.

BRUJA TERCERA

¡El tambor, el tambor! ¡Macbeth llega!

TODAS

Las Parcas, mensajeras de tierra y mar, con las manos entrelazadas, rondan y dan vueltas: tres por ti, tres por mí, y otras tres además, que hacen nueve ... ¡Callemos, que acabó el conjuro!

Entran Macbeth y Banquo.

MACBETH

En mi vida he visto día tan loco y tan hermoso como éste.

BANQUO

¿Estamos todavía lejos de Forres ...? ¿Qué figuras escuálidas y harapientas son esas que no parecen criaturas terrestres y a pesar de ello están aquí? ... ¿Acaso están vivas?, ¿son algo a quien el hombre pueda dirigir preguntas? Parece que me pueden comprender, porque se llevan a los labios flacos un arrugado dedo. Deben ser mujeres, por más que sus barbas no permiten creerlo.

MACBETH

Hablen, si es que pueden ... ¿Qué es lo que son?

BRUJA PRIMERA

¡Salud, Macbeth, salud para ti, barón de Glamis!

BRUJA SEGUNDA

¡Salud, Macbeth, salud para ti, barón de Cawdor!

BRUJA TERCERA

¡Salud, Macbeth, que serás rey!

BANQUO

¡Qué te causa sobresalto, buen amigo, y por qué parece que temes cosas que tan gratamente suenan? (A las brujas). En nombre de la verdad, ¿son creaciones de la fantasía, o son acaso lo que su exterior aparenta? Saludan a mi ilustre compañero con los títulos que tiene, y con predicción tan firme de poseer mayor esplendor aún, le dan tales esperanzas de realeza que lo dejan como transportado. Y a mí nada me han dicho: si les es permitido penetrar en el porvenir, en los gérmenes del tiempo, y decir cuál es la semilla que ha de crecer y cuál no, diríjase a mí, que no solicito sus favores ni su odio, pero no les tengo miedo.

BRUJA PRIMERA

¡Salud!

BRUJA SEGUNDA

¡Salud!

BRUJA TERCERA

¡Salud!

BRUJA PRIMERA

¡Menos grande que Macbeth y más grande que él!

BRUJA SEGUNDA

¡No tan dichoso y sin embargo, mucho más feliz!

BRUJA TERCERA

De ti nacerán reyes, aunque tú no lo serás. ¡Salud a los dos, Macbeth y Banquo!

BRUJA PRIMERA

Banquo y Macbeth, ¡salud!

MACBETH

No se vayan, voceros enigmáticos, sin decirme más. Por muerte de Sinel (el padre de Macbeth) soy barón de Glamis. ¿Pero ... de Cawdor? Vive el barón de Cawdor en próspera fortuna. Y para ser rey tengo las mismas probabilidades que para ser barón de Cawdor ... Díganme de dónde obtienen sabiduría tan extraña y por qué en este páramo desierto han detenido nuestra marcha con tan proféticas saluciones. ¡Hablen, les ordeno!

Desaparecen las brujas.

BANQUO

Como el agua, tiene burbujas la tierra, y estas figuras lo son. ¿Hacia dónde se desvanecieron?

MACBETH

Por el aire; y lo que parecía corpóreo se fundió, como la respiración, en el viento. ¡Ojalá no se hubieran marchado!

BANQUO

Pero, ¿es que estaban aquí esos seres de que hablamos? ¿O acaso hemos probado de la raíz de la locura y nos ha trastornado el pensamiento?

MACBETH

¡Serán reyes tus hijos!

BANQUO

¡Y tú serás rey!

MACBETH

¡Y también barón de Cawdor! ¿No fue esto lo que dijeron?

BANQUO

En el mismo tono y con iguales palabras ... ¿Quién viene?

Entran Ross y Angus.

ROSS

Con alegría ha sabido el Rey las noticias de tu victoria, Macbeth; y cuando leía el peligro personal a que has estado expuesto en la lucha con los rebeldes, su asombro por tus hazañas rivaliza con los elogios que tiene para ti. Al pasar revisión después al resto de la jornada, te encuentra frente a las compactas masas noruegas, nada temeroso ante las singulares imágenes de muerte que tú mismo creaste. Tan continuamente como cae el granizo que arrojan las nubes, llegaban hasta el soberano mensaje tras mensaje, llenos todos de alabanzas por la defensa admirable que hacías de su reino.

ANGUS

Hemos sido enviados para darte gracias en nombre de nuestro real señor: venimos a servirte de mensajeros ante su presencia, no a recompensarte.

ROSS

Y en arras de más elevado honor, me ha ordenado que, en su nombre, te dé el título de barón de Cawdor, tuyo desde ahora: ¡salud, muy ilustre barón!

BANQUO

¡Qué escucho! ¿Puede el diablo decir verdades?

MACBETH

El barón de Cawdor vive, ¿por qué me visten con ropas prestadas?

ANGUS

Es verdad, vive todavía el que fue barón de Cawdor. Mas una dura sentencia pesa sobre su vida, que merece perder; no puedo decir si estaba de acuerdo con los noruegos o si ayudaba al rebelde con auxilios y ventajas secretas, o si a un tiempo laboraba con ambos para la perdición de su país; pero la traición principal, confesada y comprobada, lo ha destruido.

MACBETH

(Aparte) ¡Barón de Glamis y de Cawdor! ¡Todavía falta la más grande! (A Ross y a Angus). Les agradezco todas las molestias. (A Banquo). ¿No confías en que tus hijos sean reyes, cuando los que me anunciaron a mí la baronía de Cawdor no les pronosticaron menos a ellos?

BANQUO

Esa confianza que muestras podría enardecerte hasta la corona, además de la baronía de Cawdor. Pero ... es extraño; frecuentemente, para llevarnos a la perdición, los agentes de las tinieblas nos dicen verdades, y nos ganan con simples pequeñeces para arrastrarnos a los peores resultados ... Compañeros, una palabra, se los ruego.

MACBETH

(Aparte) Dos verdades se han dicho como prólogo feliz de la emoción que ha producido la decisión imperial. -Gracias, señores.- (Aparte). Esta tentación sobrenatural lo mismo puede ser mala que buena. Si mala, ¿por qué me anticipa el éxito fundándose en una verdad?: ¡soy el barón de Cawdor! Si buena, ¿por qué he de ceder a esa instigación cuya horrenda figura eriza de pánico mis cabellos y hace latir violentamente mi corazón contra las leyes naturales? Los temores presentes son menores que esas terribles imaginaciones: mi pensamiento, dentro del cual el asesinato no es sino una quimera, conmueve de tal modo mi propia condición humana que toda facultad de obrar se ahoga en deducciones, y sólo es para mí lo que todavía no es.

BANQUO

¡Miren qué pensativo está nuestro compañero!

MACBETH

(Aparte) Si el destino ha dispuesto que yo sea rey, que la ocasión me corone sin que yo lo promueva.

BANQUO

Llegan a él los nuevos honores lo mismo que las nuevas vestiduras que nos ponemos, que no se ajustan sino con el uso.

MACBETH

(Aparte) Suceda lo que quiera, el tiempo y la ocasión marchan a través de las mayores borrascas.

BANQUO

Ilustre Macbeth, pendientes estamos de tus deseos.

MACBETH

Perdonen ... Mi confuso cerebro trabaja en cosas olvidadas. Bondadosos caballeros, sus molestias quedan registradas en la hoja de un libro que todos los días volveré para leerla. Lleguemos a donde está el Rey. Meditemos en lo que ha ocurrido, y con más tiempo, después que hayamos reflexionado, hablémonos unos a otros con el corazón en la mano.

BANQUO

Con verdadero placer.

MACBETH

Basta, pues hasta entonces. ¡Vamos, amigos!

Salen.

CUARTA ESCENA

Forres.

El palacio.

Suenan trompetas y clarines.

Entran Duncan, Malcolm, Donalbain, Lennox y servidumbre.

DUNCAN

¿Ha sido ya ejecutado Cawdor? ¿Han vuelto los encargados de esa misión?

MALCOLM

Todavía no, mi señor. Pero yo he hablado con uno que lo vio morir; me ha dicho que confesó de plano sus traiciones, que imploró el perdón de su majestad y que demostró profundo arrepentimiento. En verdad, nada hizo Cawdor tan bien en su vida como morir. Ha muerto como el que sabe que en ese trance nos desposeemos de lo más querido, con la misma naturalidad del que se desprende de una baratija que no aprecia.

DUNCAN

¡No existe arte que nos delate en el rostro las profundidades del espíritu! Lo tuve por caballero y en él deposité absoluta confianza.

Entran Macbeth, Banquo, Ross y Angus.

DUNCAN

¡Oh, insigne primo! Ya me pesaba el pecado de mi ingratitud; llegas a tanto y a tan lejos que el más veloz de los deseos en llenarte de recompensas resulta lento para alcanzarte. ¡Ojalá merecieras menos y así, estaría a favor mío la proporción en que te rindo agradecimiento y premio! Únicamente he de decirte que te es debido más que cuanto se te pueda dar.

MACBETH

El servicio y la lealtad que te debo se ven galardonados nada más que con tributártelos. Toca a su alteza acoger nuestros deberes; y nuestros deberes son los de hijos y vasallos de tu trono y de tu Estado, que no hacen otra cosa que cumplir su obligación haciéndolo todo en tu amor y por tu honor.

DUNCAN

¡Bienvenido seas a mi lado! He comenzado a tenerte en el alma y no terminaré hasta colmarte de grandezas. ilustre Banquo, no mereces menos, ni deben ser menos conocidas tus hazañas: voy a estrecharte y abrazarte en mi corazón.

BANQUO

Si en él germino, tuyos serán los frutos.

DUNCAN

Mi gran alegría, caprichosa en su misma plenitud, busca esconderse en languideces de pesar. Hijos, deudos, nobles, y ustedes que son los más cercanos a mí, han de saber que fundaremos nuestro Estado sobre nuestro primogénito Malcolm, a quien desde este momento nombramos Príncipe de Cumberland; y el honor no debe investirlo únicamente a él, sino que, acompañándolo, hará brillar como estrellas signos de nobleza sobre todos cuantos los merecieron ... Y ahora, partamos para Inverness (la residencia de Macbeth), para obligarme más a ti, Macbeth.

MACBETH

Lo que queda por hacer es trabajo, señor, que no debe dejarse en tus manos; he de ser yo mismo el correo de gabinete, el mensajero que regocije a mi esposa con la noticia de tu llegada ...

Rendidamente me despido.

DUNCAN

¡Mi esclarecido Cawdor!

MACBETH

(Aparte) ¡El príncipe de Cumberland! O caigo ante este obstáculo, o lo salvo, porque se interpone en mi carrera. ¡Estrellas, escondan su fulgor que su luz no alumbre mis negros deseos! La vista finge ceguera ante los hechos: sea, pues, lo que una vez realizado temen ver los ojos. (Sale).

DUNCAN

Fiel e insigne Banquo: Macbeth es todo un valiente, disfruto enalteciéndolo; alabarlo es para mí delicioso festín ... Sigámoslo, ya que se ha adelantado a prepararnos el recibimiento: ¡es un deudo sin rival!

Otra vez las trompetas y los clarines. Salen.

QUINTA ESCENA

Inverness. Castillo de Macbeth

Entra Lady Macbeth, leyendo una carta.

LADY MACBETH

Me salieron al paso el día de la victoria y me fundo en la mejor de las razones para decir que encierran en sí algo más que la sabiduría de los mortales. Cuando ardía yo en deseos de preguntarles más, se elevaron al aire y en él se desvanecieron. Permanecía yo abstraído de asombro, cuando llegaron mensajeros del Rey llamándome Barón de Cawdor, título con que antes me habían saludado las parcas, quienes haciendo referencia a tiempos venideros, me dijeron: ¡Salud al que ha de ser rey! He creído conveniente enterarte de esto, amantísima compañera en grandeza, para que no dejes de alegrarte debidamente ignorando cuánta majestad se te promete. Consérvalo en tu corazón, y adiós.

¡Glamis y Cawdor, y serás además lo que te han pronosticado! A pesar de ello, dudo de tu naturaleza; está demasiado dominada por la dulzura de la afabilidad humana para que te deje seguir la senda más corta; querrías ser grande, alientas esta ambición, pero careces del instinto de maldad que debe acompañarla; lo que acaricias ansiosamente, lo acaricias santamente; no está en tu ánimo obrar falsamente y, sin embargo, no despreciarías un triunfo injusto; quisieras, gran Glamis, ser dueño de aquello que atrae a tus sentidos: Tienes que hacer lo que temes hacer y desearías que no fuera necesario que se hiciera. ¡Ven, date prisa por llegar a mí, que vierta yo mis bríos en tus oídos y aleje con el fuego de mis palabras todo lo que te separa del dorado círculo con que el destino y la ayuda sobrenatural a un tiempo quieren coronarte!

Entra un Mensajero.

LADY MACBETH

¿Qué noticias traes?

MENSAJERO

El Rey llega esta noche.

LADY MACBETH

¿Te has vuelto loco? ¿Viene con él tu señor? Si fuera así, me hubiera preparado para el recibimiento.

MENSAJERO

Si así lo desea, es cierto. Viene nuestro señor. Pero se le ha adelantado uno de mis compañeros que, casi sin respiración, no ha podido hablar otra cosa que el mensaje.

LADY MACBETH

Atiéndanlo bien, ¡es portador de grandes noticias!

Sale el Mensajero.

LADY MACBETH

Enronquece el cuervo que grazna anunciando la entrada fatal de Duncan en mis murallas. ¡Vengan, espíritus que ayudan a los pensamientos asesinos, despójense de mi sexo, y de arriba a abajo infiltrenme la crueldad más implacable! Préstense sangre fría, detengan el paso al remordimiento para que ni un solo punto de tristeza agite mi propósito sanguinario ni evite su realización. ¡Socórranme, ustedes los ministros del crimen, dondequiera que en su invisible esencia se encuentren esperando la perversidad y transformen en hiel la leche de mis senos de mujer! ¡Ven, negra noche, y envuélvete como en sudario con el humo infernal más denso, para que mi violento puñal no vea las heridas que causa, ni el cielo observe a través del manto de las tinieblas y me grite: ¡Detente, detente!

Entra Macbeth.

LADY MACBETH

¡Noble Glamis. Ilustre Cawdor, más grande que uno y que otro, salud por siempre! Tus cartas me han llevado más allá de nuestro desconocido presente y en este instante acaricio en mí el porvenir.

MACBETH

Amor mío, Duncan viene esta noche.

LADY MACBETH

¿Y cuándo partirá?

MACBETH

Quiere irse mañana.

LADY MACBETH

¡Oh, no verá el Sol de ese mañana! ... Tu rostro, barón mío, es un libro en el que los hombres pueden leer cosas singulares ... Para engañar al mundo, nada como acomodarse a los tiempos: muestra agasajo en la mirada, en las palabras, en las acciones y aseméjate a una flor sencilla, pero debes ser como una serpiente escondida bajo la flor. Preparémoslo todo para recibir a quien viene y deja a mi cargo el gran asunto de esta noche, que dará imperio y dominio soberanos a todas las noches y a todos los días que para nosotros han de venir.

MACBETH

Después hablaremos ...

LADY MACBETH

Ninguna otra cosa, sino el mirar sereno: alterar el semblante es siempre mostrar temor ... Todo lo demás queda a mi cuidado.

Salen.

SEXTA ESCENA

Ante el castillo de Macbeth.

Oboes y antorchas. Entran Duncan, Malcolm, Donalbail, Banquo, Lennox, Macduff, Ross, Angus y servidumbre.

DUNCAN

Este castillo está maravillosamente ubicado; pronto y dulcemente lo recomienda el aire a los sentidos apacibles.

BANQUO

El vencejo, ese huésped veraniego de los templos, muestra, por la insistencia en sus queridos nidales, que aquí sopla suavemente el aire celestial. No hay cornisa, friso, arbotante ni lugar favorable donde estas aves no hayan colgado sus nidos. Tengo observado cuán delicado es el aire en los sitios que frecuentan y donde se multiplican.

Entra Lady Macbeth.

DUNCAN

Mira, mira a nuestra gloriosa castellana. Es el amor que algunas veces es nuestro tormento, a pesar de lo cual no dejamos de considerar como tal amor su compañía ... Con esto te muestro en qué forma has de rogar a Dios para que nos recompense los cuidados que te causamos y nos agradezcas las molestias que te proporcionamos.

LADY MACBETH

Todos nuestros servicios, prestados cada uno dos veces y vueltos luego a rendir una y otra vez, serían pobre y fácil ocupación que compitiera con estos honores tan profundos y grandiosos con que has llenado nuestra casa; por los galardones antiguos y por estas nuevas dignidades que amontonas sobre nosotros, quedamos obligados a implorar al cielo por ti.

DUNCAN

¿Y dónde está el barón de Cawdor? Le pisábamos los talones con el propósito de ser nosotros quienes aquí lo recibiéramos. Pero es jinete excelente, y su gran amor, penetrante como sus espuelas, lo ha traído al hogar antes que llegáramos. Hermosa e ilustre castellana, soy tu huésped esta noche.

LADY MACBETH

A la cuenta tienen siempre a placer tus servidores sus personas y cuanto de ellas es para devolverte lo que te pertenece.

DUNCAN

Dame la mano y llévame ante nuestro hospedador. Mucho lo queremos y continuaremos

expresándole nuestro agradecimiento ... Con tu permiso castellana.

Se agarra del brazo de Lady Macbeth, y salen todos.

SÉPTIMA ESCENA

Castillo de Macbeth

Oboes y antorchas. Entran un Maestresala y varios criados con platos y servicio de mesa, y cruzan la escena. Luego, llega Macbeth.

MACBETH

Si todo terminara con la ejecución del hecho, nada como realizarlo rápidamente. Pero el asesinato bien podría complicar las consecuencias y arrebatarlos el éxito. Este golpe pudiera ser el principio y el fin de todo, aquí mismo; también aquí, en este tiempo y señal, arriesgaríamos la vida futura; y hasta se nos juzgaría en este propio lugar, porque al enseñar nosotros cómo se lleva a cabo la ejecución de actos sangrientos, las enseñanzas se volverían en contra nuestra y la justicia, rígida, imparcial, pasaría a nuestros labios la pócima de nuestro envenenado cáliz. Duncan descansa en este castillo en una doble confianza; primero, porque soy su deudo y su súbdito, circunstancias las dos poderosas contra el atentado; después, porque soy su hospedador, que debiera cerrar las puertas al asesino y no empuñar la daga. Además, este Duncan ha hecho tan suave uso de su autoridad, ha sido tan intachable en el ejercicio de su elevado poder, que sus virtudes sonarán como trompetas angélicas en honda condenación del crimen, y la piedad, semejando desnuda criatura recién nacida, a horcajadas sobre la explosión de horror o convertida en celeste querubín, jinete en ligerísimo corcel de los aires, presentará el terrible suceso a todos los ojos de modo que las lágrimas ahoguen el viento ... ¡Sólo una ambición que llega a los linderos de la tumba y que salta por encima de todos para caer sobre los demás, es la espuela que aviva mi intento!

Entra Lady Macbeth.

MACBETH

¿Qué significa tu presencia? ¿Hay noticias?

LADY MACBETH

Está terminando de cenar ... ¿Por qué te has marchado de la habitación?

MACBETH

¿Ha preguntado por mí?

LADY MACBETH

¿Acaso no sabes que sí?

MACBETH

No debemos llevar más lejos este asunto. Justamente acaba de enaltecerme y he ganado entre toda clase de personas brillante reputación, que quisiera lucir en todo el fulgente esplendor de su iniciación, y no darla de lado tan pronto.

LADY MACBETH

¿Era borrachera la esperanza que abrigaste y ha dormido desde entonces, y ahora despierta y ofrece verdosa y pálida la faz, temerosa de lo que acogió tan de su albedrío? ¡Así habré de explicarme tu

amor desde este momento! ¿Temes ser en tus acciones y en tus impulsos el mismo que eras antes en tus deseos? ¿O es que intentas poseer lo que consideras adorno de la vida viviendo en tu propia estimación como un cobarde que subordina el quisiera al no me atrevo, igual que el gato de la fábula que se moría de ansias por atrapar un pez para comérselo, pero no quería mojarse las patas...?

MACBETH

¡Te suplico que calles! Me atrevo a hacer todo lo que nos hace hombres: quien se atreve a más, no lo es.

LADY MACBETH

¿Qué fiera pasión te movió entonces a hacerme sabedora de este proyecto? Cuando sentías atrevimiento para realizarlo, eras hombre; y para ser más de lo que ya eras, debías ser todavía mucho más hombre. Ni momento ni lugar se te ofrecían y los preparabas; se te brindan ahora inesperadamente, ¡y eres tú quien no estás preparado...! He amamantado a una criatura y conozco las dulzuras de amar al ser que alimentamos. Pues bien, si yo hubiera sido tan sensible a esos sentimientos míos como tú lo eres ahora a los que alentaste, mientras el tierno niño me sonreía le habría arrancado el seno de la boca y lo hubiera estrellado contra el suelo para que le salieran los sesos de la cabeza.

MACBETH

¿Y si fracasamos?

LADY MACBETH

¡Fracasar! Asegura tu valor hasta la tenacidad y no fracasaremos. Cuando Duncan esté sumido en el sueño, y la dura jornada de hoy lo invite prontamente a dormir, haré que el vino y el brebaje de manzanas y cerveza se apoderen de sus dos chambelanes de modo tal que la memoria, ese guardián del cerebro, será en ellos humo y la razón un alambique. Cuando, abotargados, sus embriagadas naturalezas los tengan yacentes como en la muerte, ¿qué no podremos hacer tú y yo en el indefenso Duncan? ¿Qué no imputaremos a sus chambelanes borrachos, que tendrán que soportar la culpa de nuestro gran asesinato?

MACBETH

¡No darás más descendencia que la masculina, pues tu denodada constitución no puede alentar otra cosa que varones! ... ¿Se podrá creer, después que hayamos salpicado en sangre a los dos chambelanes que duermen y utilizando sus propias dagas, que fueron ellos quienes cometieron el crimen?

LADY MACBETH

¿Y quién lo creería de otra manera, después que grite nuestro pesar y clame nuestro duelo por su muerte?

MACBETH

Estoy decidido; aplicaré todos mis ánimos a esta terrible acción. ¡Adelante y burlemos a todos con la apariencia más complacida! ¡Un falso rostro ha de ocultar lo que siente un falso corazón!

Se van.